

## Actuación organizada por el Centro Federado

En el Salón General de la Universidad se realizó el día 12 de octubre último, una actuación literario-musical organizada por el Centro Federado de la Facultad de Letras. El acto fué presidido por el Sr. Decano, doctor José Jiménez Borja, quien estuvo acompañado por Catedráticos, Director del Colegio Universitario y Delegados Estudiantiles.

Dió comienzo al acto el Delegado Estudiantil Sr. Juan Mac Lean Be doya, expresando que el Centro Federado de Letras realizaba esa actuación con doble finalidad: celebrar el Día de la Raza; y unirse a la Universidad y demás Instituciones de la Capital en el homenaje que durante la semana se ha rendido a Cervantes.

Creo —expresó el Sr. Mac Lean— que es un deber ineludible de los estudiantes participar entusiastamente en las actividades culturales que se realizan en la Universidad; de esta manera hacemos realidad uno de los postulados de la Reforma, cual es, el despertar en los alumnos, la inquietud por la cultura. Expresó que no se iba a ocupar de la personalidad del exponente máximo de las Letras Castellanas, por cuanto, numerosos intelectuales, ya lo habían hecho en forma erudita y meritísima. Pero, —continuó el Sr. Mac Lean—, conmemoramos también, en esta oportunidad, el Día de la Raza; esta fecha tiene, para los que integramos la nueva generación un sentido diferente del que hasta ahora se le ha dado. El 12 de octubre de 1492 —dijo— es una fecha de suma trascendencia para la evolución social, política, cultural y económica de nuestros pueblos. Con el descubrimiento de América se produce un choque entre dos mundos y de esta colisión surge la América Nueva. Somos la resultante de dos culturas: la occidental traída por los españoles y la de nuestros pobladores aborígenes. Por esto, —añadió,— el Día de la Raza es para nosotros la floración de un continente nuevo, que tiene sus raigambres en los factores antes dichos y de ninguna manera, una fecha hispanista.

Finalizó, agradeciendo de manera especial el valioso aporte del Conservatorio Nacional de Música en el acto que se realizaba.

A continuación el Delegado Estudiantil Sr. Juan Zegarra Russo, leyó el trabajo siguiente:

#### "LO ESPAÑOL Y LO INDIGENA EN LA NUEVA CONCIENCIA PERUANA"

En esta oportunidad en que rendimos tributo de admiración al máximo exponente de las letras castellanas, el Centro Federado de Letras ha querido también aunar a este homenaje la expresión de un significativo recuerdo a la fecha del 12 de octubre y —bastante tardíamente, es cierto— el Día del Indio.

Yo lamento hasta cierto punto que el título de esta disertación anuncie mucho más de lo que en realidad va a ser materia de ella. Precisar, delimitar con exactitud el aporte hispano y la tradición indígena, es tarea árdua que sólo puede coronarse a lo largo de un análisis profundo y exhaustivo. Mi pretensión es mucho más modesta y mucho menos original. Yo desearía tan sólo exponer la razón de que la nueva generación peruana haya escogido un planteamiento literalmente revolucionario en la concepción de nuestra formación histórico-cultural.

Tradicionalmente, se ha venido conmemorando todos los años, como fechas aisladas y casi, casi contrapuestas, el Día del Indio y el Día de la Raza. La celebración de la primera ha sido siempre motivo de exaltación nostálgica de las grandezas del pasado indígena, ocasión de verter apasionadas lágrimas por las miserias de la raza oprimida y desatarse en improperios contra los supuestos Atilas de nuevo cuño, los bárbaros conquistadores españoles. De otro lado, el Día de la Raza fué plataforma de hispanismo encendido y hasta retrógrado, con befa y ludibrio de aquella otra raza, salvaje y sencilla, mística y panteísta. El fuego de artillería de ambas conmemoraciones se cruzaba sobre la extensión del calendario.

Formáronse entonces los funestos bandos de pretendidos historiadores y sociólogos. Hispanistas algunos, indigenistas los restantes, lanzaron sus frases de apasionada polémica, dispuestos a imponer las tesis que respectivamente sostenían. Este odioso sectarismo histórico, en su constante e inconciliable pugna estuvo a punto de dividir la conciencia nacional. Faltó el sentido del Perú integral. Faltó, además, el elemental criterio histórico de sumergirse en todas las capas del pasado, para extraer de cada una de ellas su contenido vital y profundo, su mensaje secular y ejemplarizador.

Es así que surge a la vida del espíritu una nueva generación, que casi me atrevería a llamar nuestra generación. Obligados a escoger entre hispanismo o indigenismo, entre la detracción sistemática de la tradición aborígen y el no menor absurdo renegar de nuestra herencia íbera, comprendimos que ambos caminos eran estrechos y ambas posiciones nocivas, al estimular una ruptura de nuestra personalidad integral. Comprendimos, además, que no cabían "ismos" de ninguna especie en la interpretación de los procesos históricos, porque éstos poseen una vida propia, fluída y compleja, que no pueden captar los marcos rígidos y osificados de cualquier exclusivismo.

Al margen de toda actitud mercenariamente ecléctica, hemos comprendido también que la vocación histórica del Perú ha de lograrse en un dinámico y celular mestizaje. Ya no el simple cruce racial, que pudo, sin embargo, plasmar la figura primera y primordial de Garcilaso de la Vega; tampoco el mero tinte epidérmico, demasiado oscuro para parecer blanco y no lo suficiente para ser cobrizo. Mestizaje, sí, como interpenetración cultural de dos

razas obligadas a hermanarse por la consagración histórica; como proceso sexual —diríamos así— de engendramiento y concepción de una cultura hija, equilibrada y joven, telúrica y renovadora.

Y ya que discurrimos por esta suerte de metáfora, concédaseme la ocasión de ahondar un tanto en ella. Se ha dicho con frecuencia que España es nuestra Madre Patria, y se ha admitido tal denominación con inconsciente y poco detenido asentimiento. Yo me permito reivindicar para España su papel de pueblo padre de nuestra cultura, sin que ello implique elevación o rebajamiento —porque nos hemos acostumbrado ya a un criterio democrático de los sexos— sino una simple y necesaria rectificación histórica.

Madre nuestra es América, esta tierra privilegiada, "mama pacha" como la reconociera el dulce lenguaje de nuestros aborígenes. Madre nuestra, la civilización autóctona, que ante los avances del viril conquistador ensaya antes una tímida resistencia para abandonarse luego al muelle y femenino placer de la sensual entrega. Mujer pródiga, madre generosa, ternura íntima de tierra y de alumbramiento.

Padre, el fugaz conquistador, atrevido, irresponsable; audaz peregrino de una posada ocasional, abandonada más tarde para retirarse, encanecido y cansado, al senil remordimiento de la patria tranquilidad hogareña. Pero ha dado ya su carne florecida en renovado músculo, ha ofrecido su sangre rediviva en nueva savia vital y circulante. Su herencia imprime indelebles caracteres en estos hijos de su amor viajero, que no podrán renegar jamás de su fecundo ancestro.

Este es, para nosotros, el significado profundo del Día de la Raza: impulso, plasmación y síntesis. De la conciencia de sabernos depositarios y continuadores de una tradición doblemente valiosa, ha de surgir victorioso el creador empuje del Perú auténtico e integral.

Luego, el Delegado Estudiantil Sr. Antonio González, desarrolló el siguiente tema:

#### REFLEXIONES SOBRE CERVANTES

En este concierto de felicitaciones y homenajes al genio más sublime de la literatura universal —Cervantes— no podía faltar la voz del estudiantado. Palabra postrera, modesta y vertical —de abajo para arriba— que no viene a criticar ni a ponderar —en cuanto ello supone claro discernimiento— sino a traer el testimonio de su admiración y confesar su deuda.

Es doblemente honrosa para mí —como español y como aficionado y estudiante de las Letras— la invitación que se me ha hecho para hablar en esta oportunidad. No obstante —y quiero hacerlo constar previamente— dos circunstancias concurren en esta ocasión que me amilanan y restan ánimos: La solemnidad de las efemérides que conmemoramos y el recuerdo inmediato de los profundos y pulidos discursos con que las hemos celebrado en esta casa de estudios. De un tiempo a esta parte tanto se ha hablado de Cervantes, desde tan diversos ángulos de vista, en estilos tan distintos y por mentalidades tan antagónicas, que plantea un verdadero problema el propósito de insinuar algunas observaciones sobre él. No es tampoco del momento enjaretar nuevos y empinados elogios el loor del Manco de Lepanto, que aun en el supuesto de que fueran acertados carecerían de peso. Lo más cuerdo será hacer hincapié en algunos aspectos que más directamente conciernan a los estudiantes, ya que todo aniversario no cuenta tanto por lo que supone de recuerdo y evocación nostálgica del pasado, como por lo que implica de aliento y orientación hacia el porvenir.

De Cervantes, además, no puede hablarse sucintamente y en conceptos apretados. No es para un discurso breve o una improvisación momentánea. Constituye uno de esos tópicos sobre los cuales —después de consagrarles una vida— apenas pueden ensayarse unas cuantas aseveraciones o interrogantes definitivas. Y es que al mentarle, emerge con él toda una época, un momento histórico —en este caso un momento gozne de la historia— con su elenco de aspiraciones y miserias. Ofreciendo, por consiguiente, su obra tantos flancos como la vida y el pensamiento de entonces.

Estimo asimismo supérfluo tocar su biografía. El tiempo con respecto a los grandes hombres es un artista, a lo Rembrant, que muestra marcada predilección por las sombras. Vida y genio se esfuman en una penumbra adorable de leyenda y casi mitológica. Pero con personalidades de esta clase a las que podemos abandonarnos sin riesgo nuestra denuevo ha de mostrarse más en sentirlos que en conocerlos. Por lo que a mí hace no trocaría por el mejor embutido de datos bibliográficos los recuerdos de mi infancia cuando en la monotonía de las veladas invernales discurría con el manchego por los campos castellanos al tropiezo de lances y aventuras. El Quijote no me ofrecía entonces más que un borde de carcajadas, hoy le encuentro un contenido de humanismo y un poco de eterna filosofía.

Es una popeya intemporal, que así como no fué fruto del alumbramiento de ningún pueblo, contendrá la esencia de todos hasta la consumación de los siglos. Circunscribimos a urdir un juicio histórico o literario, es mermarlo. El supremo valor del Quijote radica en su calidad de inquietante. Su arte, su literatura puede sorprenderla el estudiante menos avisado. En él inspiración y precepto nacen juntos, van el unísono y se funden sin violentarse. Posee la sublime sencillez y la serena grandeza de todos los monumentos clásicos, sin repulgos en la etimología del vocablo.

Pero el Quijote —y esto es lo que nos interesa— no ha muerto. Por obra y gracia del arte goza una eterna juventud análoga a la de los dioses de la leyenda. No lo concebimos durmiendo el sueño de una biblioteca o agobiado de acotaciones y acuchillado de notas. Quijote es movimiento, ansia, descontento. Siempre enhiesto, inflexible, afilado. Su voluntad lo dispara sin tregua a la meta que su locura ha puesto por ideal. Ese hombre de problemas, recalcitante, lógico, revolucionario es el único digno de ser llamado patrón de la juventud. Por eso hemos de entrar en el Quijote para aleccionarnos como estudiantes y como hombres. Y hemos de entrar bajo la proyección del caballero de la Triste Figura, alejando de nosotros el afán de colgarnos de las alforjas bien provistas del escudero. Tal ordinareiz de aspiraciones no cuadra con la juventud. Y al proscribir el magisterio de Sancho no me refiero únicamente a sus preocupaciones gastronómicas: Condono sobre todo su red de refranes y su bozal asmático y miope de experiencia.

La experiencia —durante los años de formación— la dogmática e inapelable experiencia, que se arroga el derecho de perpetuar errores a mansalva, es el primer entuerto contra el que hemos de ir. Sus fueros han de sentirse, pero no imponerse, pues en el momento en que presionan su socorro se convierte en maleficio. Apenas y da grima a la par hallar en la historia destinos torcidos y brotes aplastados por la losa de lo que dictaba la experiencia, el sentido común, o la lógica, términos que en la práctica confundimos. En el espíritu de la juventud hay cárcavas donde se anega la lógica y rendijas por donde se alivia la tensión de su fuerza comprimida.

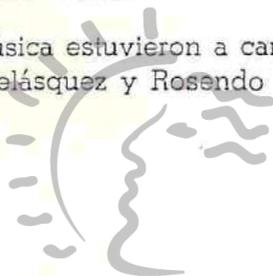
Pero además del desatino y la locura Quijote nos brinda sus tres dimensiones que han de conformar nuestra contextura. Justicia, libertad y heroísmo. Una augusta trinidad de términos que unidas en el cogollo marcan el ápice de las vidas privilegiadas.

He señalado brevemente algunos reflejos que puede proyectar sobre nosotros la personalidad de Don Quijote. Enmarcarlo en la época, inquirir los ascendientes y prole de sus criaturas, es tarea de la crítica. A nosotros nos interesa su sentido vital. Nuestro homenaje tiene mayores alcances que unas cuantas coincidencias históricas, raciales o de mera comunidad de lenguaje. Sería parcial celebrar solamente el genio hispano. Su genialidad no reconoce fronteras en la geografía, ni lindes de ninguna especie en los ámbitos de la cultura. No es menester para sentir su afinidad y reconocer su deuda indagar misteriosas y fortuitas relaciones en su obra.

No reduzcamos a Cervantes a la menguada aspiración de un Virrey un poco santo y un mucho donjuanesco. No caen bien bajo el rebenque de críticos atrabiliarios o ante el capote bufonesco del torero virreinal, el eximio decidior Ricardo Palma. Cervantes es soberano en un mundo ideal sin facciones ni diplomacias. Acotar su imperio —el único que no subyuga— no es cuestión de odio o simpatía, sino de civilización o de barbarie.

Porque el Quijote —vale decir Cervantes, pues entrambos irán siempre unidos en un favor mutuo— como el Cristo español —lívido, escuálido, acardenalado, sanguinoso— adjetiva Unamuno—, como el Cristo español —místico, apóstol y católico como ningún otro— añadió yo—abrió sus brazos sobre el universo, al mismo tiempo que su lanza rebanaba el cielo para los hombres de buena voluntad.

Los números de música estuvieron a cargo de la Srta. Lily Moldauer y de los Sres. Oscar Velásquez y Rosendo Mendivil.



---

**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»